

LA RISA DE MI MADRE

EMILIO DE LA SIERRA GONZÁLEZ



Capítulo 1

Siempre que pienso en mi madre la recuerdo tronchándose de risa. Carmina, mi madre, murió enferma de Alzheimer, esa espantosa enfermedad que te lo va robando todo poco a poco, y me entristecería mucho recordarle con su imagen de los últimos tiempos. Pero por suerte no me ocurre: la recuerdo tronchada de risa. Por eso le doy gracias al recuerdo; pero también le doy gracias al tiempo. Los años transcurridos desde su muerte me permiten hablar de ella mirando más la luz de su presencia y centrarme menos en el dolor de la ausencia.

La risa de Carmina era un fenómeno natural en si mismo. Ella no se limitaba a soltar una carcajada y hala, se acabo; en la risa, como en todo, tenía su propio estilo. La cosa empezaba doblándose en la butaca como si se le acabase de declarar una peritonitis; continuaba con un movimiento ascendente, acompañando de un ruido difícil de definir, y culminaba con ella recostada en el respaldo del asiento estallando, entonces si, en una carcajada alegre y triunfal. Este subir y bajar se repetía varias veces, porque a mi madre le provocaba la risa hasta el mismo hecho de reirse. Y cuando ya parecía que se le había pasado, un par de enérgicos golpes en el brazo de la butaca con la mano abierta eran señal inequívoca de que no, de que aún había risa para rato. No he conocido nunca una risa tan contagiosa. Daba igual si lo que había provocado la risa de mi madre te hacía gracia o no, porque al final le energía de esa risa te arrastraba y acababas tú también desternillado a más no poder.

La risa de Carmina era, además incontrolable, irreprimible, tenía vida propia. Más que reirse se podría decir que le poseía el genio mismo de la risa. Era, digámoslo claramente, de esa personas que cuando ven alguien caerse, primero se rien y después prestan auxilio (entre hipidos). Hay una anécdota que recuerda siempre una de mis hermanas cuando sale a colación el tema. En casa de mis padres había un pequeño office («el pasillo de atrás») que comunicaba el comedor con la cocina. Érase una vez que desfilaban por allí mi madre y mi hermana. Mi hermana delante, cargada con una enorme fuente repleta de filetes; detrás, mi madre. Mi hermana tuvo la mala suerte de resbalar, darse un porrazo morrocotudo y verse en el suelo, muy dolorida y rodeada de filetes por todas partes. ¿Y Carmina? Carmina agachada en la cocina, aguántadose la cintura con los dos brazos y a punto de congestionarse de la risa.

Como todas las personas inteligentes, Carmina sabía reire de si misma. Nunca se me olvidara una tarde en Toulouse, a la salida de un centro comercial. A Carmina le gustaba ir siempre arreglada, bien vestida y peinada, y no soportaba que la lluvia tuviese la impertinencia de rozar ni de lejos su cabeza recién salida de la peluquería. Bueno, pues al salir del centro comercial llovía. Mi madre, previsora, abrió su paraguas diez o doce metros antes de llegar a la puerta acristalada. Como la lluvia estaba

empezando a ser torrencial, propuso mi hermana Verónica que mamá esperase a resguardo, mientras nosotros llevábamos al coche las compras y pasábamos después a recogerla. Carmina aceptó el plan y allí se quedó, pero lo hizo en el mismísimo umbral. No dentro, por si nos veía llegar; no fuera, porque llovía mucho: en el mismísimo umbral. Las puertas acristaladas, que nada sabían de madres ni peluquerías, intentaban cerarse, chocaban contra el paraguas de mi madre y se volvían a abrir una y otra vez. Carmina, imperterrita; Verónica y yo, empapados y muertos de la risa. Pero lo mejor llegó más tarde.

Tenía mi hermana entonces una de esas furgonetas mononovolúmen, de las que tienen un escaloncito para subir al asiento. Quiso la fatalidad que ese día Carmina vistiese falda de tubo. Subir a una de esas furgonetas siempre resulta algo costoso para una señora de edad, máxime cuando viste falda de tubo, pero si encima se niega en redondo a soltar el paraguas «que se me moja el pelo», la cosa revestía carácter épico. La situación se volvió tan desesperada que Vero y yo no vimos más opción que aupar a mamá hasta el asiento, empujando por donde la espalda pierde su nombre. Ese momento eligió Carmina, informada ya por nosotros del apachurramiento de paraguas y por la misma situación en sí, para dejarse poseer por el genio de la risa. Con un pie en el coche y otro en el suelo estalló en carcajadas y convulsiones, dificultando con ello enormemente nuestra maniobra de aupamiento. No recuerdo como acabó la cosa, pero se seguro que nos reímos los tres como descosidos. Eso y que a Carmina la lluvia no le rozó un pelo.

La frase favorita de Carmina cuando teníamos una comida familiar en ciernes era «como nos vamos a reir»; y después de ella nunca faltaba el «como nos hemos reído». ¡Ay, la risa de Carmina!